



Covadonga González-Pola Jaquete

El Gen. Las ruinas de Magerit

Introducción. La plegaria

¿Qué era ese ruido? ¿Por qué era lo único que podía percibir en medio de la oscuridad? La idea de que pudiera ser la alarma de alerta cruzó su mente... e hizo que su cuerpo quedase paralizado por el miedo. ¿Cómo podían haberlos encontrado?

Tenía que reaccionar, el ruido se repetía, constante, una y otra vez, apremiando. Con respiración entrecortada se incorporó un poco, sintiendo los músculos adormecidos. ¿Qué hora sería?

Seguía sonando, ¡había que darse prisa o tal vez no llegara a contarlo!

Silencio. Había parado.

Shidiam respiró profundamente un segundo. Tanteó la silla que hacía las veces de mesita de noche hasta encontrar su mechero y encenderlo. Sus ojos se acostumbraron un poco a la oscuridad y pudo coger la velita que estaba al lado, sobre la silla. La luz eléctrica era algo demasiado escaso, y desde luego no contaban con ella en cada una de las habitaciones del complejo. Rozó con el dedo pulgar la piedra del mechero, cuando algo hizo que saltase del susto.

Otra vez sonaba.

Encendió con cuidado la vela mientras su mano no dejaba de temblar, después de todo, nunca había tenido buen pulso. Tenía que darse prisa. Ponerse las botas y largarse de allí.

Se puso de pie tratando de encontrarlas. Entonces sonrió.

Tan sólo era el teléfono.

Dejó escapar una carcajada nerviosa mientras el frío sudor en la espalda le producía un escalofrío.

¿Cuánto hacía que lo había oído sonar por última vez? Ya ni se acordaba de cómo era, de hecho, le parecía más bien un trasto inútil en su habitación.

Sostuvo la velita en la mano izquierda y, a la luz de la temblorosa llama, alargó la derecha para coger el auricular.

—¿Sí?

—Menos mal que te encuentro...

—Tardó unas milésimas de segundo en reconocer la voz.

—Ne...

—¡Calla! No digas mi nombre... no sabes lo que me ha costado encontrar la forma de llamarte, y no sé si me están escuchando... atiende, por favor. Tenemos *la marca*. Mi hermano y yo. Sé que si encontramos la forma de llegar hasta ahí, nos dejarán quedarnos... y creo que es lo mejor que podemos hacer, dada la situación...

El corazón de Shidiam empezó a palpar con fuerza. Aquello era lo más parecido a buenas noticias que había recibido en años. Volver a ver a alguien de la familia, a ellos, sus primos, además...

—¿Cuándo llegaréis?

—Intentaremos coger el tren mañana.

—Recuerda lo que te dije sobre los...

—Lo sé, espero que no pase nada. Intentaremos escabullirnos.

Shidiam sintió una mezcla de miedo y lástima. La voz de su interlocutora sonaba terriblemente asustada. No era para menos. Se le ocurrió la idea de que la buena noticia pudiera llegar a convertirse en tragedia. Si no aparecían, la explicación más probable era que los hubieran...

—Bájate en la primera estación en la que se detenga el tren, como hará todo el mundo, y busca el lugar donde solíamos quedarnos cuando no llovía. Te esperaré allí. Confío en que me reconozcas, tal vez te cueste un poco.

La interlocutora dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Descuida —murmuró Shidiam—. No es para tanto. Por favor, tened mucho cuidado... los dos. Una vez hayáis salido del metro, estaréis casi a salvo.

—Gracias. Espero verte mañana —su voz sonaba desesperada y temerosa, con la incertidumbre de no saber si aquello era un “hasta luego” o un “hasta nunca”.

—Ambos tenéis *la marca*. Lo lograréis. Hasta mañana.

Colgó el teléfono sin dejar de temblar.

Apagó la vela y volvió a su cama. Lo que estaba haciendo la extrañó a sí misma.

No creía en Dios, pero se dio cuenta de que estaba rezando.

Sobrevivir al fin del mundo es algo tan cruel como paradójico. ¿Qué sucedería si la Humanidad se viese destruida por culpa de su propio poder, qué pasaría si finalmente todo el progreso acumulado y el egoísmo de las personas por conseguir su propio bienestar se viesen revertidos, y acabasen con nosotros tan rápidamente como podemos chasquear los dedos?

“El fin”, es lo que la mayoría de la gente diría. “Se acabó”, y, a pesar del dolor, no habrá más que llorar hasta que llegue, pues no habrá un mañana. El problema, en nuestro caso, fue que sí hubo un mañana, bajo un sol más gris y más lejos de nosotros, diezmados, agotados, hambrientos y enfermos porque nos tocó seguir en un mundo que ya no debería existir. Hasta los planes del mismísimo Anticristo pueden salir mal.

Capítulo I. La llegada

Neith notaba un dolor extraño justo debajo de los ojos, y también en las encías. Su cabeza se tambaleaba. No era nada grave, únicamente tenía sueño y estaba cansada, pero no podía dormirse. Se pasó la mano por el corto cabello rojizo y se frotó los ojos manchándose las manos de *khol* ligeramente. El vagón se movía a trompicones, así que no dejaba de vigilar las dos grandes mochilas a sus pies, mientras la cabeza de su hermano, que sí había logrado conciliar el sueño, le aplastaba el hombro.

Pasaron una estación conocida, lo supo por el cartel en las paredes, aunque estaba totalmente destrozada. Se sentía ansiosa por estar de nuevo en su ciudad natal, aunque sabía que iba a encontrarse con tantos cambios que le resultaría difícil reconocerla. También tenía ganas de volver a ver a su prima Shidiam. Era, junto con Keith, la única persona que le quedaba de su familia y, para Neith, la familia siempre había sido muy importante. Sin embargo, sabía que la ciudad era un lugar inseguro, y más aún el metro. Cada vez que pensaba en la posibilidad de sufrir una de esas emboscadas policiales de las que tanto había oído hablar, se le aceleraba el pulso por el miedo. ¿Había sido demasiado temerario volver? Perdió el hilo de sus pensamientos al ver que el tren se acercaba a la primera parada, en la que debían bajarse, así que empujó y zarandeó con cierta violencia a su hermano para que despertase rápidamente.

Desde que habían cogido el tren, en lo que ahora era el campo, si bien unos años antes no resultaba un lugar tan aislado, había ido entrando algo de gente en los vagones, todos con un aspecto muy similar: rostros delgados, cabello muy corto o rapado, abrigados para protegerse del frío que calaba tanto fuera de los túneles como en ellos... veía en sus ojos el temor, pero más allá de eso, se había percatado de que ahora no lo intuía o lo suponía como antes. Su mente iba más allá. Tenía la certeza de que sentían miedo hasta el punto de poder percibir la sensación casi como propia... aunque en esto también se mezclaba su propio temor.

Su hermano se frotó los grandes ojos, bostezó y miró a su alrededor. Como si de pronto recordase dónde se encontraba, su cuerpo se puso rígido, sus marcadas facciones se hicieron más acentuadas, los oscuros ojos se abrieron tanto que parecieron aún más grandes y comenzó a observar con gesto de alerta.

El deteriorado metro era ya la única manera de acceder a la ciudad, pero los controles de la corrupta policía producían auténtico pavor a aquellos que alguna vez los habían sufrido. Disfrutaban especialmente mortificando a los niños, pero cualquiera que se cruzase en su camino podía llegar a ser una buena opción para divertirse. Aquel tren, el que llegaba del campo, se detenía en la primera estación que se encontraba en el interior de la ciudad y no reanudaba su marcha hasta estar completamente vacío. Allí tendrían que bajarse todos. Una cruel bienvenida por parte de la policía era lo que más podían temer los viajeros que se dirigían a Magerit como si de refugiados se tratase. A pesar de ello, se decía que el metro podía ser, en ciertas ocasiones, la forma más segura de moverse por la ciudad.

En el vagón comenzó a notarse el nerviosismo de los pasajeros, así que los dos hermanos se cargaron rápidamente las mochilas a la espalda y se abrieron paso entre empujones hacia la puerta. Ahora apenas una o dos luces iluminaban el andén, y olía a cerrado. Antes, habría hecho frío en verano o calor en invierno, debido a la descompensada climatización. Y los tubos luminiscentes habrían inundado de luz las instalaciones. A pesar de todo, resultaba curioso que siguiese funcionando todavía siquiera uno de los fluorescentes.

El tren se detuvo bruscamente. Neith sintió que el frenazo le recorría el cuerpo como si se tratara de un latigazo. La gente los empujó asimismo, tratando muchos también de llegar con presteza hasta el andén. Sus delgados cuerpos se veían aplastados por la multitud, el contenido de las mochilas se les clavaba en la espalda. Neith volvió a sentir el miedo de la gente a su alrededor. Su hermano le agarró fuertemente la mano, ella apretó con fuerza a su vez y se dejaron llevar por el tumulto que avanzaba. Dos salidas. Todo el mundo se movía hacia la de la izquierda, llevándolos a ellos en la misma dirección como si fueran una fuerte corriente de agua.

A la vez que le parecía percibir algo, Keith la empujó con fuerza fuera de la multitud y se apoyó en la pared mientras, de algún modo, Neith se dio cuenta de que su hermano comenzaba a sentirse nervioso. Inquieto.

Ya lo oía más nítidamente, Keith debía de haberlo percibido antes que ella. A diferencia de ellos, la gente del tumulto no se había dado cuenta de cómo avanzaban con paso tranquilo hacia ellos cinco pares de botas reglamentarias.

La policía se acercaba por el pasillo de la izquierda.

Los dos hermanos se miraron inquietos.

—Si todo el mundo avanza por el pasillo de la izquierda... tal vez sea que el de la derecha ya no tiene salida, ¿no crees? —susurró Neith con voz entrecortada y temblorosa.

—Están demasiado cerca... si no hay manera de huir, al menos escondámonos en la salida de la derecha... al menos ganaremos tiempo hasta que se nos ocurra algo... —Keith tiró con fuerza del brazo de su hermana, corriendo tanto como pudo, mientras la gente continuaba avanzando sin cambiar el rumbo, y los pasos ya casi resonaban en los oídos de los dos atemorizados hermanos.

El primer grito de espanto se les clavó en el cerebro mientras doblaban la esquina a toda velocidad. Ciertamente, se dijo Neith, ahora eran más rápidos, pues el recorrido hasta las escaleras mecánicas, estáticas y apagadas, al final del pasillo, se le hizo mucho más corto de lo que había supuesto. Más gritos de dolor, de miedo, alguna súplica, un terremoto de pasos de huida y gente que se aplasta intentando salvar el pellejo... pero no llegaron a ver que ellos se habían anticipado. Neith tembló, sintiendo el pánico de la gente, a lo lejos, casi como si fuera propio. Sin soltarse las manos, ella y su hermano Keith subieron los peldaños metálicos de tres en tres, sorprendentemente raudos una vez más. Y sin apenas cansarse. Ya se veía la tenue luz que le quedaba al amanecer asomando por la salida. Sólo correr por encima de las deterioradas escaleras de piedra y ya estarían fuera...

Ambos pararon en seco y se apretaron la mano el uno al otro. Seguramente aquélla era la razón por la que la gente no tomaba aquella salida. Dos policías más, en silencio y con una mueca parecida a una sonrisa los miraban desde el acceso a la calle. Neith leyó en sus miradas el placer que les producía acorralar a la gente de aquella manera, sabiendo que en aquellas escaleras siempre estaría alguno de ellos, tomando sólo aquel camino cuando intentaban huir del peligro que llegaba por el otro lado. Así lo indicaban sus ávidas sonrisas de satisfacción y la forma con la que acariciaban sus porras reglamentarias, jugueteando con ellas de forma amenazante.

Los dos hermanos mantuvieron la mirada desafiante ante los dos tipos, a pesar de que éstos no sólo iban armados, sino que debían de tener el doble de envergadura que ellos. Keith percibió que, a pesar de todo, a aquellos indeseables se les aceleraba el pulso y los latidos de la sangre resonaban en sus sienes... tal vez no estaban acostumbrados a que dos adolescentes les plantasen cara como ellos. ¿Pero qué otra alternativa les quedaba? Si lograban esquivarlos, aunque fuera a costa de encajar un par de golpes, tendrían una oportunidad de llegar a la calle y correr hasta que los perdieran de vista.

Los dos hermanos echaron a correr tratando de esquivar las porras de los policías, pero éstas ni siquiera los rozaron, pues alguien se había aproximado por detrás y les había hecho un barrido golpeando sus tobillos. Ambos policías cayeron de espaldas, dándoles un precioso segundo de ventaja para utilizar aquel aterrador miedo como empuje para incrementar aún más su velocidad de huida, siguiendo a la figura que había derribado a los dos tipos.

No se detuvieron hasta que la persona que los había ayudado hizo lo mismo. Ya se debían de haber alejado más de un kilómetro del lugar, cruzando grandes plazas y anchas calles, y habían ido a parar a una estrecha callejuela.

Sí, era cierto que estaba cambiada, tal y como les había advertido, pero ya la habían reconocido en los primeros metros de su carrera por escapar.

—No sabéis cuánto me alegro de veros —declaró Shidiam mientras jadeaba, intentado recobrar el aliento.

Vivíamos en un mundo poderoso, donde nos vimos superiores y más unidos entre nosotros gracias a las grandes comunicaciones, a la globalización, y el cambio climático y el hambre en el mundo estaban a la orden del día. Las grandes empresas eran más poderosas que los países, algunos de los mayores peces gordos planeaban comprar incluso un estado propio donde poder hacer siempre su voluntad. Las compañías más importantes tenían ejércitos propios. En medio de aquellos poderosos gigantes, las ONG habían cambiado su estrategia para luchar contra el hambre en el mundo y dejaron de pelear contra ellos. Compraban con el dinero recaudado las suficientes acciones para poder hacerse oír en las reuniones de las empresas, para así tratar de que fuesen un poco menos crueles, tal vez incluso un poco más solidarias. Y fue por medio de esta nueva estrategia como Mitch Silver entró en SALIF.

Capítulo II. Ácido.

Una vez hubo recobrado el aliento, Keith observó con disimulo los cambios que se habían operado en su prima. Shidiam llevaba el pelo muy corto y parecía que se había oscurecido, o tal vez fuera que ahora era más espeso, el caso era que ahora desprendía un reflejo azulado. Además, lo aplastaba con un pañuelo alargado de rayas grises que recorría su frente y anudaba en la nuca. Estaba pálida, pero la textura de su piel resultaba opaca, por lo que, a pesar de ello, no tenía aspecto enfermizo. Al mirarla a los ojos, se dio cuenta de que éstos ya no eran castaños, sino de un tono verde claro y con una extraña aureola negra que le enmarcaba los iris como si de un artístico ribete se tratase. Estaba también más delgada, pero eso les pasaba a todos, se dijo. Sin embargo, conservaba la graciosa naricilla y la mirada vivaracha y expresiva que dejaba ver claramente cuándo estaba de buen humor.

Después de tanto tiempo se le hacía tan extraño verla que no sabía cómo actuar, por eso se alegró de que, mientras él aún seguía jadeando, se hubiera lanzado a sus brazos y a los de Neith, obligándolos a protagonizar una escena digna de un anuncio de turrone y mazapanes.

—Primos, seguidme —anunció su grave voz mientras esbozaba una media sonrisa—. Iremos caminando, en principio es más seguro. Pero id atentos, tampoco es que vayamos a estar totalmente a salvo... bueno, ya sabéis a lo que me refiero.

Keith sentía cómo sus manos seguían temblando a pesar de haberse alejado de la estación hacía ya casi una hora, a pesar de que se movían más y más lejos, a ritmo ligero, siguiendo los pasos veloces de su prima. Aquel sentimiento no sólo se debía a la tensión pasada en la salida del metro, sino también —y sobre todo— al aspecto que presentaba Magerit ante sus ojos en aquel momento, después del tiempo que él y Neith habían pasado fuera. Miró a su hermana, que no dejaba de hablar con Shidiam, contándole dónde se encontraban cuando Mitch Silver apareció en la televisión con su mensaje apocalíptico, cómo habían sobrevivido en el campo, que ahora se parecía más bien a un frío desierto, los esfuerzos por localizarla cuando se percataron de que tenían *la marca*... Keith conocía bien a su hermana y sabía que, para ella, aquella estrategia era la forma más fácil de evitar pensar en la gente del metro, la policía, la emboscada, la carrera, los que no habían logrado huir; poco a poco, lo iba apartando de su mente, pero aún estaba pálida o, más bien, más pálida de lo habitual.

Aquel ataque justiciero no había dado en el blanco en Magerit como era de esperar, al contrario de lo que había sucedido de seguro en otros lugares. El ataque se había desviado a la zona noreste de la ciudad, permitiendo a la urbe sobrevivir. Sin embargo, las atenuadas consecuencias del ataque, en especial los fuertes temblores, habían dejado la ciudad medio en ruinas. El horizonte ya no era el grandioso *skyline* que correspondía a una población de semejante envergadura y, mientras caminaban, Keith veía recuerdos sepultados, momentos que se derrumbaban, lugares familiares desmoronándose o ya inexistentes, y con cada uno sentía algo parecido a una fuerte patada en la boca del estómago. Su cuerpo de inundaba de rabia y desolación.

Ya era mediodía cuando Shidiam se detuvo delante de un desvencijado parque, aunque, por la luz, parecía que se encontrasen a última hora de la tarde. Si alguna vez había habido hierba allí, no se observaba ni rastro; un par de bancos aparecían tronchados, los columpios de un anaranjado color óxido estaban medio enterrados en la arena. Allí, un hombre estaba ligeramente recostado sobre uno de los columpios, fumando un cigarrillo a la vez que jugueteaba con un bastón. Tenía el cabello rubio y, aunque parecía joven, debía de haber pasado ya de lejos los cuarenta años, pues ya presentaba tantas canas que el cabello se le había vuelto gris. El corte de pelo, muy pegado a la cara, hacía que sus facciones, a pesar de ser suaves, resultasen más marcadas, aunque posiblemente también se debía a la forma en que apretaba la mandíbula. Sus ropas eran oscuras, aunque la tela estaba envejecida y había adquirido un tono grisáceo, una bufanda negra le tapaba la punta de la barbilla; la cazadora que llevaba le llegaba hasta la mitad del muslo y su cuero negro brillaba de forma casi exagerada, aunque no había podido abrocharla del todo porque le faltaba un botón. A Keith no le pasó desapercibida la forma analítica de observarlos a él y a su

hermana, mostrando un gesto tan directo que al muchacho le resultaba casi insultante, mientras el rebote del bastón sobre la arena se le metía en los oídos, sonando demasiado alto en su cabeza.

El tipo se levantó y caminó hacia ellos, mostrando una ligera cojera que trataba de subsanar con la ayuda del bastón. Dejó por un momento de observarlos a su hermana y a él, dándoles ligeramente la espalda para detenerse delante de Shidiam. Apoyó la mano en el hombro de la muchacha en actitud paternal para luego hacer un leve gesto con la mano. Shidiam comenzó a caminar tras sus irregulares pasos seguida de sus primos.

Una de las salidas del parque daba a un callejón cuya entrada resultaba angosta debido a los muros torcidos de uno de los edificios cuyos cimientos no habían sido lo bastante sólidos. Allí fueron a parar. Estaba más oscuro, prácticamente parecía de noche y les costaba distinguir los rasgos del hombre del bastón. A Keith le resultaba especialmente incómodo, pues se sentía observado por él, pero no podía asegurar que lo estuviera mirando.

Por fin, rompió a hablar con voz algo rasposa.

—¿Qué tal ha ido todo? —el hombre se dirigió exclusivamente a Shidiam, como si sus primos no estuvieran presentes.

La muchacha sonrió a la vez que asentía.

—Han tenido mala suerte. O buena, según se mire. La policía tenía preparada una de sus emboscadas en la estación de El Descubrimiento para divertirse con los recién llegados. Ellos se anticiparon y se movieron hacia la salida secundaria. Allí había sólo dos *polis*. A mí no me vieron, así que conseguí derribarlos por la espalda y pudimos correr lejos. ¡Aquí estamos! —concluyó con entusiasmo.

El hombre dirigió una sonrisa a Shidiam y le dio una palmada en la espalda antes de girarse para mirar a los recién llegados.

—¿Son tus primos por rama materna?

—Así es —convino Shidiam—. Nuestras madres son... eran hermanas.

—Sí, suele ser lo más común —finalmente, se dirigió a ellos—. Shidiam dice que tenéis *la marca*, pero tengo que comprobarlo. ¿Me permitís?

El hombre tiró el cigarrillo, lo apagó de un pisotón y rebuscó en los bolsillos de su pantalón hasta sacar una pequeña linterna. Apuntando hacia arriba, la encendió y apagó rápidamente y Keith pudo distinguir un destello azul que se le antojó extremadamente brillante. Alain se aproximó a él.

—Enséñame *la marca*, por favor —pidió con aire paternal su rasposa voz.

Keith se apartó la cazadora y se levantó el jersey para dejar el costado izquierdo al descubierto. Una mancha blanca, pálida, parecida a una nube, destacaba entre el resto de la piel. Le pareció que se había ensanchado un poco desde la última vez que la había mirado la noche anterior. El hombre del bastón se agachó un poco para ver mejor y apuntó con la linterna a la mancha. Al encenderla y proyectar la luz sobre su piel, Keith tuvo que morderse el labio para evitar quejarse. Aquella luz quemaba, y mucho. Le pareció percibir por un momento un ligero olor a carne chamuscada, aunque deseó que hubiera sido sólo invención suya. Observó que, sin embargo, cuando el hombre hubo desplazado el haz de luz fuera de la mancha, el dolor se desvaneció y fue sustituido por un ligero y tibio calor.

Apagó la linterna y se acercó a Neith para repetir el mismo proceso. Esta vez, Keith percibió sin lugar a dudas el olor a quemado, pero no dijo nada. El hombre apagó de nuevo la linterna y se la guardó en el bolsillo con lentitud. Después, miró a Shidiam y asintió.

—Alteración radical de la melanina de la piel —confirmó ella, y sonrió, dando un pequeño saltito de júbilo.

—Seguidme —dijo el hombre mientras les daba la espalda avanzando de vuelta al parque—. Tenemos que hablar.

Tras callejear, sin dejar de mirar en todas direcciones antes de atravesar cada cruce, el hombre los había conducido a la entrada de un local donde aún se encendía el letrero luminoso destinado a llamar la atención de posibles clientes. Abriendo la puerta con un ligero puntapié de la pierna buena, la desencajó del marco y aguardó fuera hasta que sus tres acompañantes hubieron entrado.

El olor del local le recordaba a Keith a una casa en obras, el yeso se metía en su nariz y parecía luchar por avanzar hasta su garganta. El camarero debía de rondar los treinta años y daba la sensación de haberse cubierto él también las ropas de yeso, pues tenían un toque blanquecino. Limpiaba la barra afanosamente, como si fuera posible quitarle todo el polvo que la cubría.

—Alain... —vaciló Shidiam con un deje de desconfianza en la voz.

—No te preocupes sin motivos, está sordo —dijo el hombre con excesiva seguridad— no se entera de gran cosa, y pasa el día intentando limpiar el local. Pero aquí no debe de venir nadie, porque yo nunca he visto aquí más clientes que yo. Sentaos ya.

Extendió el brazo y la palma de la mano, indicando a los tres jóvenes que se acomodasen en las únicas sillas que no se encontraban colocadas boca arriba sobre alguna de las polvorientas mesas. Él tomó una de aquéllas, le dio la vuelta y, tras sentarse, dejó el bastón sobre la mesa que ahora rodeaban los cuatro. Comenzó a manosearlo nerviosamente con las yemas de los dedos mientras Neith y Keith lo contemplaban con impaciencia. Por fin, los miró directamente, de manera analítica.

—¿Qué sabéis de *la marca*, muchachos? —su voz sonaba aún más rasposa ahora, posiblemente debido a la atmósfera reinante.

Neith se apresuró a responder, aunque su tono fue vacilante.

—Lo que yo he oído... bueno, dicen... dicen que la gente que tiene *la marca* tiene más posibilidades de sobrevivir... *ahora*. Que han desarrollado algunas capacidades que los hacen más resistentes. También dicen que El Bávaro ofrece refugio a quien pueda demostrar que la tiene... si se une a su bando...

Alain dejó de toquetear el bastón e hizo una señal con la mano al camarero alzando la mano. Luego rebuscó en el bolsillo de su cazadora y sacó un cigarrillo y un mechero. Tras encenderlo, dio una larga calada y miró sin parpadear a Neith. Al hacerlo, sonrió con expresión condescendiente.

—¿Tú crees que es cierto?—le preguntó mientras el deje rasposo en su voz se hacía más acentuado.

—Bueno... —vaciló—. Shidiam no nos habría traído hasta ti si no lo fuera.

—*La marca* como tal —puntualizó la aludida, tratando de acelerar la conversación— es un cambio en la melanina de la piel. Pierde su color, facilitando que se pueda sintetizar la vitamina D proveniente de la luz solar con más facilidad. Además, con la capa de cenizas que hay ahora entre nuestras cabezas y el sol, la radiación ha disminuido mucho. Al haber menos radiación ultravioleta que llegue hasta nosotros, el riesgo derivado de ella también disminuye.

—Es el comienzo de un proceso más largo —añadió Alain—. Aparte de la piel, sucede lo mismo con los ojos, el pelo... aunque no es lo único. El resto, lo que viene después, es más difícil de explicar.

Keith miró a su prima con sumo detenimiento; luego posó sus grandes ojos en Alain.

—¿Y tú eres el famoso Bávaro?

El hombre se rió con suavidad.

—Yo soy solamente Alain.

—¿Y por qué acoge “El Bávaro” a la gente que tiene *la marca*? ¿Por qué querría protegernos a mi hermana y a mí, por qué querría proteger a Shidiam?

A Alain pareció divertirle la impertinencia del muchacho. Sonrió de nuevo con expresión de suficiencia.

—Porque, *chaval*, si Frank Lance o cualquiera de sus *polis* te cogiese y se diera cuenta de que tienes *la marca*, te abriría en canal para ver cómo podrían utilizarlo en su propio beneficio. Ninguno de nosotros quiere eso.

Apagó el cigarrillo en la mesa y observó la reacción de Keith mientras volvía a apretar la mandíbula. El camarero sordo se acercó a la mesa y dejó cuatro tazas de oscuro líquido humeante sobre la sucia mesa.

—Pues yo creo que, más bien, proteger a la gente que tiene *la marca* es una manera de reclutarles para que, a cambio, se unan a su lucha por derrocar a Frank Lance y a SALIF.

Alain volvió a sonreír. Keith sintió cómo su hermana le propinaba un codazo, tratando de que midiera sus palabras.

—Digamos que hay que ser prácticos —admitió Alain—. “Hoy por ti, mañana por mí”, como se suele decir. Además, me imagino que, si habéis venido hasta aquí desde el campo, es porque estáis dispuestos a aceptar ese trato. ¿No es así?

—No me malinterpretes, el trato me parece bien. Pero creo que es mejor que todos dejemos claras nuestras intenciones desde el principio. Y creo que la tuya, contándonos todo esto en forma de preguntas y frases vagas, es más bien hacernos una especie de prueba de admisión.

Neith le dio una patada por debajo de la mesa.

Alain soltó una carcajada.

—Claro que sí, *chaval* —admitió en tono paternalista—. No puedo meter a cualquiera en nuestra causa sin asegurarme de que es de fiar. Pondría demasiadas cosas en peligro, ¿no crees?

Keith mantuvo la mirada a Alain. Percibía el olor de la colilla, la ceniza, colándose por su nariz, el amargo aroma del café, y sintió náuseas. Le ardía la garganta, el picor resultaba desagradable y aquello le extrañó, pues siempre le había agradado el olor del café. Pero, aquel picor...

Alain tomó su taza y se la acercó a los labios. Keith reaccionó con presteza, dando un fuerte manotazo a Alain en la muñeca, haciendo saltar el recipiente entre él y Shidiam hasta dar con el suelo y romperse. El café se derramó sobre las baldosas, la loza se quebró dejando ver un líquido rojizo y consistente que se mezclaba con los posos del café. La sensación de picor se hizo más clara en la garganta de Keith. Aquello que había en la taza no podía ser nada bueno, se dijo, y volcó la suya para mirar el contenido. La misma sustancia viscosa y rojiza, sintió la sensación abrasiva con más intensidad y giró la taza para que Alain viese el fondo.

Alain se giró hacia el camarero que, con la vibración del golpe, se había girado para ver qué sucedía. Alain cogió el bastón mientras Shidiam se levantaba y saltaba por encima de la barra con asombrosa agilidad. La muchacha dio un certero codazo al camarero en la sien, haciéndolo caer inconsciente.

—*Bijou* —pronunció la joven alarmada.

—¡Mierda! —dijo Alain—. Vámonos de aquí antes de que llegue alguien más.

SALIF era quizá la más potente empresa de creación de armas, tanto para la guerra en los países pobres como para la autodefensa en los países ricos y su poder se extendía con gran suerte gracias al hambre y las peleas por los recursos, la energía, el agua, ocupando posiciones estratégicas en la mayoría de las ciudades y países. Tratando de mermar los terribles efectos de SALIF, la organización W&H —Wealth & Health— compró parte de su capital, y la obligó a reinvertir sus beneficios en hospitales y medicinas, en investigación biomédica y material sanitario. La idea de W&H fue aplaudida en muchos lugares y se volvieron populares, pero no era fácil mantenerse cerca de un gigante del dolor y la guerra sin contaminarse de su mal.

Al cabo de unos años, la corrupción de las buenas obras de W&H, completamente absorbida por SALIF, era un secreto a voces. La promoción de los conflictos estaba totalmente relacionada con la consiguiente venta de medicinas, la creación de hospitales y el reparto de material, de forma que, tras vender las armas, el siguiente negocio de la empresa era vender la cura para aquellos que de alguna forma cruel habían sobrevivido a los conflictos. Y Mitch Silver, que había luchado por mantener los principios de W&H, vio cómo su idea se había convertido en el mayor de los errores hasta ese momento, cómo el sufrimiento se iba incrementando y se convertía cada vez en un mejor negocio mientras los líderes de SALIF se enriquecían. Y decidió subsanar ese error.

Capítulo III. Túneles.

Shidiam volvía a sentir aquella sensación de opresión en el pecho, empezaba a pensar que podría llegar a acostumbrarse a ella. Observó los grandes ojos de Keith, abiertos de par en par contemplando el viscoso líquido rojo la taza que sostenía delicadamente por el asa con sus delgadas y alargadas manos. Tosió con fuerza. Neith tiró de su brazo obligándole a reaccionar, y ambos siguieron a Alain. Shidiam volvió a saltar por encima de la barra y se unió a ellos justo cuando el bastón rompía con fuerza la ventana más alejada de la entrada al blanquecino local. Aquello les daría una salida por un lugar inesperado. Shidiam vio cómo sus primos se cogían de la mano y seguían a Alain mientras éste escrutaba la improvisada salida. Neith se giró un momento hacia ella para asegurarse de que los seguía.

A pesar de su cojera, el hombre se movía con rapidez y sus pasos parecían seguros mientras se acercaba a cada cruce para ver si podían seguir avanzando. Llegaron a un viejo túnel, Shidiam lo conocía bien, pero no tenía claro que fuera seguro avanzar por los caminos habituales. Al rozar con las manos el muro, se dio cuenta de que estaban frías y sudorosas, y de que sólo con gran esfuerzo lograba disimular sus temblores.

—Alguien está disparando en la calle de atrás —anunció Keith con voz insegura—, lo oigo.

—Parece cabreado —añadió Neith.

Mientras reflexionaba acerca de cuál sería la mejor manera de huir y trataba de escuchar ella misma los disparos de los que hablaba su primo, Shidiam se encontró con la mirada interrogante de Alain.

—Yo no lo oigo bien, aún está lejos. Lo bastante lejos, espero.

—¿A qué clan pertenecía el *bijou*? —preguntó Alain.

—No he logrado reconocerlo. Pero no era de SALIF.

—Cazarrecompensas.

—Probablemente —convino Shidiam.

—Corramos pues —indicó Alain.

Pero Alain no podía correr más, y Shidiam lo sabía. Le dejó abrir la marcha mientras veía cómo su cojera iba en aumento y sus pasos se desequilibraban cada vez más, con los nudillos de la sudorosa mano derecha blancos de apretar el bastón. Los pasos sobre el techo del túnel se hicieron más cercanos, retumbaban sobre sus cabezas. ¿Sabrían que estaban allí? Neith se giró sin soltarse de la mano de su hermano y lo miró con preocupación. Tal vez sí lo sabían.

El túnel desembocaba en una carretera pero, como siempre, no había rastro de más tráfico que los vehículos hacía ya tiempo estrellados. Alain cruzó sin mirar y los demás lo siguieron por una pequeña ladera próxima al quitamiedos, hasta meterse en la parte trasera de un obsoleto camión cuyo morro aparecía arrugado y estrellado contra el suelo.

Cuando Shidiam entró en la parte trasera del vehículo, se dio cuenta de que el hombre dirigía a sus primos una mirada de desconfianza.

—Vamos, Alain... ¿por qué iban a contar esto? —replicó la muchacha en tono apremiante—. ¿Y a quién, si se puede saber?

—Es posible que en esta ocasión estés en lo cierto —susurró con voz temblorosa, aunque pareció dudar antes de seguir hablando—. Está bien, vamos.

Shidiam ayudó a Alain a subir al interior del camión. Keith y Neith lo imitaron mientras ella movía pesadas cajas que aparecían desordenadas al fondo del ruinoso y oxidado compartimiento. Quedó a la vista una pequeña abertura en el suelo con una escalerilla descendente. Alain se abrió paso hasta ella con brusquedad, arrojó el bastón hacia su interior y luego comenzó a descender por los peldaños hacia abajo. A una indicación de Shidiam, Keith y Neith lo siguieron. Ella cerró la marcha volviendo a desplazar las cajas antes de descender.

—¿Adónde estamos yendo, si se puede saber? —preguntó Keith. En su nervioso estado, la pregunta resonó como un grito alrededor de la escalerilla.

Alain chistó, mandándolo callar.

—Cuando ocurrió lo de El Martes—dijo el hombre en voz muy baja. El tono rasposo de su voz hacía aún más difícil seguir sus palabras—, estaban construyendo esto, pero parece que, como nunca llegó a inaugurarse, quedó olvidado, y hasta ahora nadie ha caído en la cuenta. En lo alto de la escalerilla había una salida de emergencia, el camión por poco se la come — la voz de Alain mientras su voz resonaba con un extraño eco—. Como te decía, no está terminada, la autopista subterránea quiero decir, pero para nosotros es una buena vía de comunicación, al menos.

Shidiam observó las caras impresionadas de sus primos mientras bajaban los últimos peldaños para pisar el asfalto. Contemplaban sin parpadear aquella enorme carretera bajo tierra: alta, ancha, limpia e incluso iluminada con la tenue luz de algunas de las luces de emergencia que aún funcionaban. No se veía el comienzo ni el final del camino, que se bifurcaba además en varios puntos abriendo camino en distintas direcciones. Los carteles ya estaban colocados e indicaban el destino de los carriles, aunque algunos se mecían colgando sólo de una de sus esquinas, y otros estaban ya en el suelo.

—Continuemos —apremió el hombre.

Alain comenzó a caminar apoyando la mano izquierda en la pared. Se giró un momento para ver si lo seguían, y se dio cuenta de que Keith se había detenido y parecía atento a algo.

—No oigo nada —anunció—. Creo que los hemos despistado...

—... quienquiera que fuera —concluyó Alain.

—¿No era la policía? —preguntó Neith extrañada.

—Lo más probable es que se tratase de cazarrecompensas. Abundan cada vez más, y venderían a su madre por asegurarse un poco de agua. Sospecho que cualquier día SALIF pondrán precio a mi cabeza, si no lo han hecho ya. Seguro que SALIF pagaría bien por mí.

—O por cualquiera de nosotros tres —añadió Keith.

—¿Y por qué dices eso? —preguntó Alain dirigiéndole una sonrisa que parecía indicar que le había divertido el comentario.

—Lo dijiste tú. Que a Lance le encantaría abrir en canal a cualquiera que tenga *la marca*.

Alain agrandó su sonrisa como si aquella respuesta le hubiese divertido.

—Muy observador, Keith. Pero ahora será mejor que no nos entretengamos y prosigamos. Es mejor no estar parados aquí demasiado tiempo. Por si acaso.

Shidiam se dio cuenta de que la sensación de opresión que sentía en el pecho parecía mitigarse un poco, como si su diafragma se hubiera relajado. Ya no le costaba respirar. Su cuerpo seguía, sin embargo, en tensión, alerta. Afortunadamente, no oyó más que los pasos de sus compañeros resonando levemente contra el asfalto.

El camino se hacía largo, pensado para los coches y no para hacerlo a pie, pero, transcurrida media hora, Alain pudo dejar de apoyarse en la pared y volvió a necesitar únicamente el bastón. Los dos hermanos recolocaron las mochilas que colgaban de sus espalda, y Neith hizo crujir sus adormilados hombros.

Shidiam conocía ya de memoria el trayecto: quedaba poco. Se alegró de ver que el ya conocido y enorme boquete en la pared, que dejaba ver una abertura mal iluminada que los obligó a seguir cuesta arriba por el camino que avanzaba una vez era franqueado. Sus primos se sobresaltaron al sentir que la luz se apagaba un instante tras ellos, en el camino que habían recorrido ya. Keith se asomó, acercándose más a Shidiam, ambos escucharon atentos, pero la luz volvió enseguida.

—Vamos —apremió Neith nerviosa, clavando las uñas en los tirantes de su mochila.

—Ese temblor de luz es normal —aseguró la voz de Alain desde algún lugar más allá del boquete—. Démonos prisa.

Shidiam miró una vez más hacia atrás, antes de entrar por la abertura; la luz volvió a temblar, pero no sucedió nada.

¡Sigue leyendo en Kindle!

<http://goo.gl/KHxhmv>